

1814
San Mateo
Boves

En Venezuela, la palabra *independencia* no significa, todavía, mucho más que *libertad de comercio* para los criollos ricos.
El jefe de los españoles, un hércules de barba roja y ojos verdes, es el caudillo de los negros y los pardos. En busca de José Tomás Rodríguez Boves, el *Taita* Boves, huyen los esclavos. Diez mil jinetes de los llanos incendian plantaciones y degüellan amos en nombre de Dios y del rey. La bandera de Boves, una calavera sobre fondo negro, promete saqueo y revancha, guerra a muerte contra la oligarquía del cacao que pretende independizarse de España. En los campos de San Mateo, Boves entra a caballo en la mansión de la familia Bolívar y a punta de cuchillo graba su nombre en la puerta del vestíbulo principal.
La lanza no se arrepiente, la bala no se arrepiente. Antes de matar con plomo, Boves fusila con salvas de pólvora, por el gusto de ver la cara que ponen las víctimas. Entre sus soldados más valientes reparte a las señoritas de las mejores familias. Disfruta toreando a los patriotas de buen trapío, después de clavarles banderillas en la nuca. Decapita como si fuera chiste.
De aquí a poco, una lanza lo atravesará. Lo enterrarán con los pies atados.

1815
San Cristóbal Ecatepec
El lago viene a buscarlo

En el espinoso lomerío de Tezmalaca, los españoles atrapan a José María Morelos. Después de muchos errores y derrotas, le dan caza en las zarzas, solo, la ropa en jirones, sin armas ni espuelas.
Lo encadenan. Lo increpan. Pregunta el teniente coronel Eugenio Villasana:
–¿Qué haría usted si fuera el vencedor y yo el vencido?
–*Le doy dos horas para confesarse* –dice el cura Morelos– *y lo fusilo.*
Lo llevan a las celdas secretas de la Inquisición.
Lo degradan de rodillas. Lo ejecutan de espaldas.
Dice el virrey que el rebelde ha muerto arrepentido. Dice el pueblo mexicano que el lago ha escuchado la descarga de fusilería y se ha encrespado y se ha desbordado y ha venido a llevarse el cuerpo.

1815
París

Navegantes de mares o bibliotecas

Julien Mellet, escritor viajero, cuenta al público europeo sus aventuras en la América meridional. Entre otras cosas, describe *una danza muy viva y lasciva* que se baila mucho en Quillota, en Chile, y que ha sido traída *por los negros de la Guinea.* Mellet copia, haciéndose el distraído, la descripción de una danza de los negros de Montevideo, tal cual la publicó el viajero Anthony Helms, hace ocho años, en Londres. A su vez, Helms había robado su texto, línea por línea, del libro que Dom Pernetty había publicado en París en 1770. Pernetty, por su parte, había retratado de primera mano el baile de los esclavos de Montevideo con palabras asombrosamente iguales a las que el padre Jean-Baptiste Labat había consagrado a los negros de Haití, en un libro editado medio siglo antes en La Haya.

Desde el Caribe hasta la ciudad chilena de Quillota, pasando por Montevideo, y desde La Haya hasta París, pasando por Londres, esas frases del padre Labat han viajado mucho más que su autor. Sin pasaporte ni disfraz.

1815
Mérida de Yucatán

Fernando VII

Los almidonados señores de Yucatán atraviesan la Plaza de Armas de Mérida, blanca de polvo y sol, y en muy solemne procesión entran en la catedral. Desde la sombra de los portales, los indios vendedores de tamales y collares no entienden por qué se alegran tanto las campanas, ni saben de quién es esa cara coronada que los señores llevan en estandarte.

La aristocracia colonial está celebrando las novedades de Madrid. Con demora se ha sabido que los franceses han sido expulsados y que Fernando VII reina en España. Cuentan los mensajeros que en torno del monarca se escucha gritar: *¡Vivan las cadenas!* Mientras tintinean las sonajas de los bufones, el rey Fernando manda encarcelar o fusilar a los guerrilleros que lo han traído al trono, restaura la Inquisición y devuelve sus privilegios al clero y a la nobleza.

1815
Curuzú-Cuatiá

El ciclo del cuero en el Río de la Plata

En la punta de la lanza, la filosa media luna busca las patas del animal que huye. Un solo tajo: el jinete golpea, certero, y el novillo cojea y boquea y cae. El jinete desmonta. Degüella y desuella.

No siempre mata así. Más fácil resulta arrear a gritos al ganado cimarrón y pasarlo a cuchillo en los corrales, miles y miles de reses o caballos salvajes corridos en estampida hacia la muerte; y más fácil todavía es sorprender a los animales monte adentro, en la noche, mientras duermen.

El gaucho arranca el cuero y lo estaquea al sol. Del resto, lo que no quiere la boca queda para los cuervos.

Los hermanos Robertson, John y William, mercaderes escoceses, andan por estas tierras con talegas que parecen salchichas rellenas de monedas de oro. Desde una estancia de Curuzú-Cuatiá, envían diez mil cueros hacia el pueblo de Goya, en sesenta carretas.

Giran quejándose las enormes ruedas de madera y las picanas empujan a los bueyes. Cortan campo las carretas; trepan lomas, atraviesan esteros y arroyos crecidos. Al anochecer, las carretas rodean los fogones. Mientras los gauchos fuman y matean, el aire se vuelve espeso aroma de carne dorándose a las brasas. Después del asado, suenan cuentos y guitarras.

Desde el pueblo de Goya, los cueros seguirán viaje al puerto de Buenos Aires y atravesarán la mar hacia las curtiembres de Liverpool. El precio se habrá multiplicado muchas veces cuando los cueros regresen al Río de la Plata, tiempo después, convertidos en botas, zapatos y rebenques de manufactura británica.



1815
Buenos Aires

Los próceres buscan rey en Europa

La pluma de ganso escribe: *José Artigas, traidor a la patria.*
En vano le han propuesto oro y galones. Tenderos expertos en varas de medir y balanzas de precisión, los patricios de Buenos Aires calculan el precio de Artigas vivo o muerto. Están dispuestos a pagar seis mil duros por la cabeza del caudillo de los campos rebeldes.
Para exorcizar a estas tierras del demonio gaucho, Carlos de Alvear las ofrece a los ingleses: *Estas provincias,* escribe Alvear a lord Castlereagh, *desean pertenecer a la Gran Bretaña sin condición alguna.* Y suplica a lord Strangford: *La Nación Británica no puede abandonar a su suerte a los habitantes del Río de la Plata en el acto mismo en que se arrojan a sus brazos generosos...*
Manuel de Sarratea viaja a Londres en busca de un monarca para coronar en Buenos Aires. El interior, republicano y federal, amenaza los privilegios del puerto, y el pánico se lleva por delante cualquier juramento. En Madrid, Manuel Belgrano y Bernardino Rivadavia, que habían sido republicanos ardientes, proponen el trono al infante Francisco de Paula, hermano de Fernando VII. Los emisarios porteños prometen un poder hereditario, que abarcaría toda la región del Río de la Plata, Chile y Perú. El nuevo reino independiente tendría bandera azul y blanca; serían sagradas la libertad y la propiedad y formarían la corte distinguidos criollos ascendidos a duques, condes y marqueses.
Nadie acepta.

1815
Campamento de Purificación

Artigas

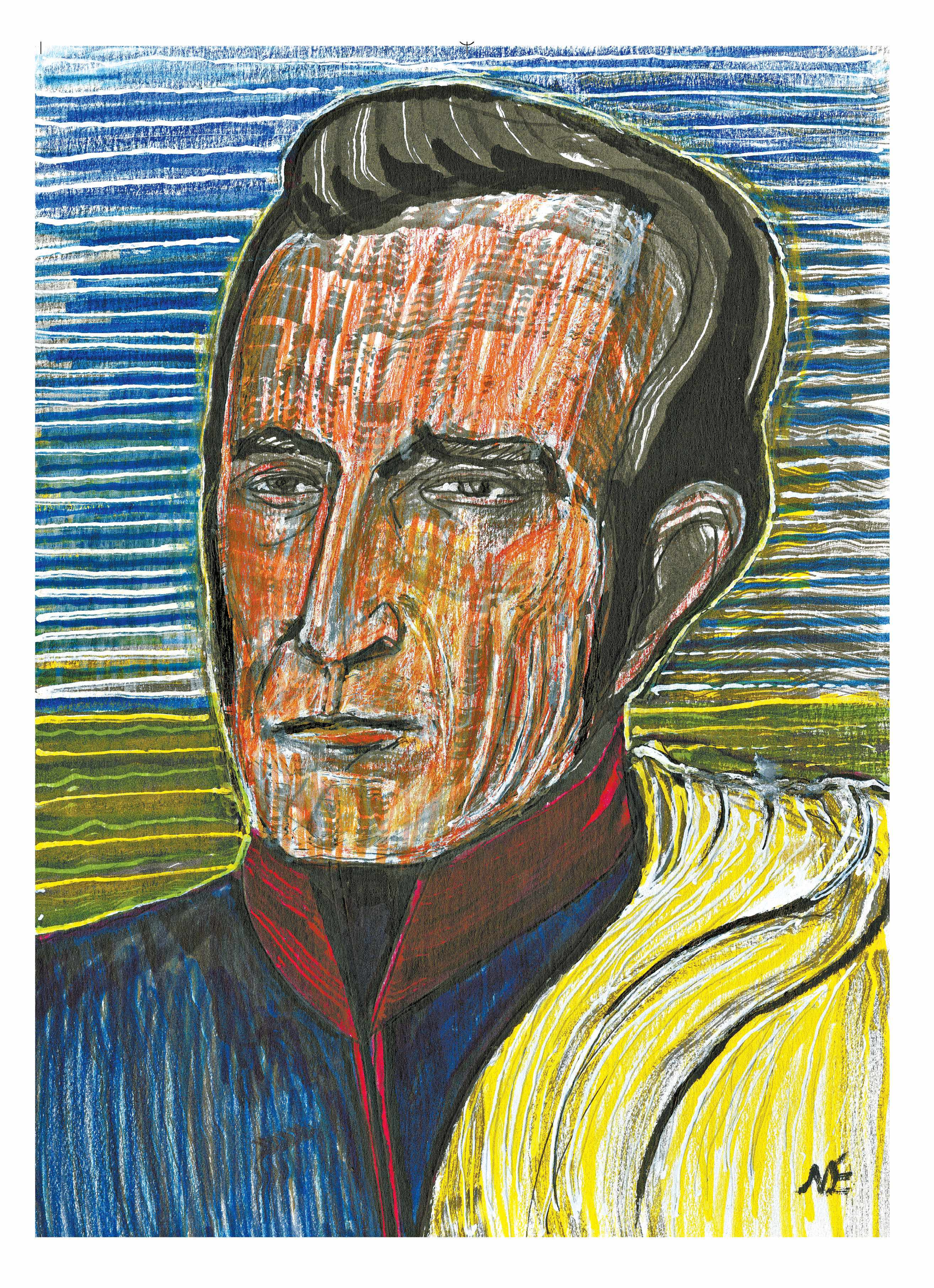
Aquí, donde el río se enoja y se revuelve en hervores y remolinos, sobre la meseta purpúrea rodeada de fosas y cañones, gobierna el general Artigas. Estos mil fogones de criollos pobres, estos ranchos de barro y paja y ventanas de cuero, son la capital de la confederación de pueblos del interior del Río de la Plata. Ante la choza de gobierno, los caballos esperan a los mensajeros que galopan trayendo consultas y llevando decretos. No luce alamares ni medallas el uniforme del caudillo del sur.

Artigas, hijo de la pradera, había sido contrabandista y perseguidor de contrabandistas. El conoce los pasos de cada río, los secretos de cada monte, el sabor del pasto de cada comarca; y más conoce los hondones del alma de los huraños jinetes que sólo tienen la vida para dar y la dan peleando a lanza en alucinante torbellino.

Las banderas de Artigas flamean sobre la región que mojan los ríos Uruguay y Paraná y que se extiende hasta las sierras de Córdoba. Comparten este inmenso espacio las provincias que se niegan a ser colonia de Buenos Aires después de haberse liberado de España.

El puerto de Buenos Aires vive de espaldas a la tierra que desprecia y teme. Asomados a los miradores, los mercaderes esperan los navíos que no traen ningún rey pero sí traen novedades para vestir, decir y pensar.

Ante la avalancha de mercancías europeas, Artigas quiere levantar diques que defiendan *nuestras artes o fábricas,* con libre acceso para máquinas, libros y medicinas; y deriva hacia el puerto de Montevideo el comercio provincial que Buenos Aires usurpa en monopolio. La liga federal artiguista no quiere rey, sino asambleas y congresos de vecinos; y para colmo de escándalos el caudillo decreta la reforma agraria.



1816
Campos de la Banda Oriental

La reforma agraria

En Buenos Aires ponen el grito en el cielo. Al este del río Uruguay, Artigas expropia tierras de la familia Belgrano y de la familia Mitre, del suegro de San Martín, de Bernardino Rivadavia, de Azcuénaga y de Almagro y de Díaz Vélez. En Montevideo llaman a la reforma agraria *proyecto criminal.* Artigas tiene presos, con hierros en los pies, a Lucas Obes, Juan María Pérez y otros artistas del minué y de la manganeta.

Para los dueños de la tierra, devoradores de leguas comidas por merced del rey, fraude o despojo, el gaucho es carne de cañón o siervo de estancia, y a quien se niegue hay que clavarlo al cepo o meterle bala. Artigas quiere que cada gaucho se haga dueño de un pedazo de tierra.

El pobrerío invade las estancias. En los campos orientales, arrasados por la guerra, empiezan a brotar ranchos, sementeras y corrales. Se hace atropellador el paisanaje atropellado. Se niegan a volver al desamparo los hombres que han puesto los muertos en la guerra de independencia. El cabildo de Montevideo llama *forajido, perverso, vago y turbulento* a Encarnación Benítez, soldado de Artigas, que galopa repartiendo tierras y vacas al frente de *un tropel de malvados.* A la sombra de su lanza encuentran refugio los humildes, pero este pardo analfabeto, corajudo, quizá feroz, nunca será estatua, ni llevará su nombre ninguna avenida, ni calle, ni caminito vecinal.

1816
Cerro de Chicote

El arte de la guerra

En el cerro de Chicote, la infantería realista ha cercado a un puñado de patriotas del Alto Perú.
–*¡Yo no me doy preso al enemigo!* –grita el soldado Pedro Loayza, y se arroja al precipicio.
–*¡Moriremos por la patria!* –proclama el comandante Eusebio Lira, y toma impulso para tirarse también.
–*Moriremos si somos zonzos* –lo ataja José Santos Vargas, tambor mayor de la banda de musiqueros.
–*Quememos el pajonal* –propone el sargento Julián Reinaga.
Arden las altas pajas y el viento empuja las llamas hacia las filas enemigas. En oleajes acomete el fuego. Los sitiadores huyen a la atropellada, lanzando a los aires fusiles y cartucheras y suplicando misericordia al Todopoderoso.

1816
Tarabuco

Juana Azurduy,

instruida en catecismos, nacida para monja de convento en Chuquisaca, es teniente coronel de los ejércitos guerrilleros de la independencia. De sus cuatro hijos sólo vive el que fue parido en plena batalla, entre truenos de caballos y cañones; y la cabeza del marido está clavada en lo alto de una pica española.
Juana cabalga en las montañas, al frente de los hombres. Su chal celeste flamea a los vientos. Un puño estruja las riendas y el otro parte cuellos con la espada.
Todo lo que come se convierte en valentía. Los indios no la llaman Juana.
La llaman Pachamama, la llaman Tierra.



1816
Port-au-Prince

Pétion

Haití yace en ruinas, bloqueada por los franceses y aislada por todos los demás. Ningún país ha reconocido la independencia de los esclavos que derrotaron a Napoleón.
La isla está dividida en dos.
Al norte, Henri Christophe se ha proclamado emperador. En el castillo de Sans-Souci, baila el minué la nueva nobleza negra, el duque de Mermelada, el conde de Limonada, mientras hacen reverencias los lacayos negros de pelucas de nieve y los húsares negros pasean sus emplumados bonetes por jardines copiados de Versalles.
Al sur, Alexandre Pétion preside la república. Distribuyendo tierras entre los antiguos esclavos, Pétion intenta crear una nación de campesinos, muy pobres pero libres y armados, sobre las cenizas de las plantaciones arrasadas por la guerra.
En la costa del sur de Haití desembarca Simón Bolívar, en busca de refugio y ayuda. Viene de Jamaica, donde ha vendido hasta el reloj. Nadie cree en su causa. No han sido más que un espejismo las brillantes campañas militares. Francisco de Miranda agoniza encadenado a un muro del arsenal de Cádiz; y los españoles han reconquistado Venezuela y Colombia, que prefieren el pasado o todavía no creen en el futuro que los patriotas prometen.
Pétion recibe a Bolívar no bien llega, el día de año nuevo. Le entrega siete naves, doscientos cincuenta hombres, mosquetes, pólvora, víveres y dinero. Sólo pone una condición. Pétion, que nació esclavo, hijo de negra y francés, exige a Bolívar la libertad de los esclavos en las tierras que va a liberar.
Bolívar le aprieta la mano. La guerra mudará de rumbo. Quizás América también.

1816
Ciudad de México

«El Periquillo Sarniento»

La primera novela latinoamericana nace en una imprenta de la calle de Zuleta. En tres cuadernos, José Joaquín Fernández de Lizardi cuenta las malandanzas de *El Periquillo Sarniento;* y los lectores devoran y festejan. El virrey prohíbe el cuarto cuaderno cuando está a punto de salir, pero ya no hay modo de atrapar al personaje.

El Periquillo, hijo americano de la picaresca española, ha ganado las calles de México. Anda por todas partes, desnudando costumbres; salta de la mesa del tahúr al despacho del notario y del sillón del barbero al suelo de la cárcel. Mucho no disfruta sus aventuras. El padre lo abruma con sus edificantes sermones. Lizardi, moralista ilustrado, convierte todo juego en moraleja.

1817
Santiago de Chile

Lucifereando

Los jóvenes elegantes fuman sosteniendo el cigarrillo con tenacita de oro, por no mancharse los dedos, pero Santiago de Chile limita con basura por los cuatro costados. Al norte, las casas miran al basural del río Mapocho. Al sur se extienden las porquerías de la Cañada. Se alza el sol sobre montones de desperdicios en el cerro Santa Lucía y los últimos rayos iluminan los vertederos de los suburbios de San Miguel y San Pablo.

De alguno de esos basurales ha brotado el visitante que anoche atravesó la ciudad, ráfaga de azufre que hizo temblar las velitas de sebo en los faroles, y que se quedó curioseando o amenazando allá cerca del templo de la Compañía hasta que la voz del sereno cantó las once:

–*¡Ave María Purísiiimaaaaa...!*

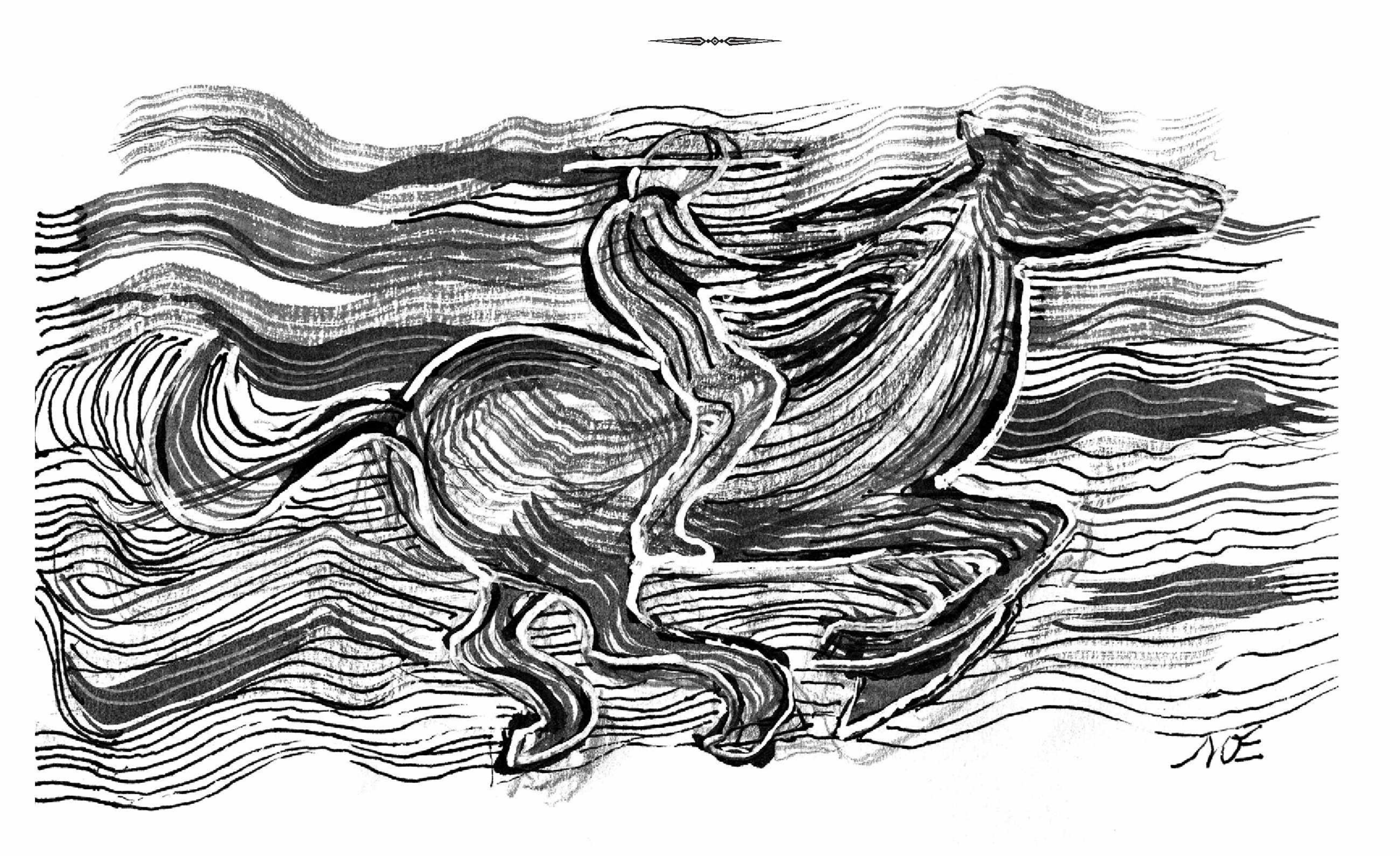
El Diablo huyó a la disparada.

El zapato que perdió está recorriendo Santiago, de casa en casa. Un fraile lo lleva, cubierto por una servilleta, en bandeja de plata. Se santiguan las beatas.

1817
Santiago de Chile

Manuel Rodríguez

Quien habla de emancipación americana, firma su sentencia. Quien recibe carta desde Mendoza, marcha a la horca o al paredón. El Tribunal de Vigilancia da curso a las delaciones en Santiago de Chile.
Desde Mendoza y hacia Mendoza, los patriotas están reorganizando el ejército triturado por los españoles. El viento de la resistencia va y viene a través de la cordillera, en el fulgor de la nieve, sin dejar huella.
El mensajero desliza una orden en Santiago, en la riña de gallos, y a la vez otra en el lucido sarao, mientras recoge un informe entre dos carreras de caballos en los suburbios. Se anuncia el mensajero en una casa principal, tres golpecitos de aldaba, y al mismo tiempo emerge en las montañas, a lomo de mula, y a caballo galopa praderas. El guerrillero se lanza al asalto de Melipilla mientras atraviesa el pueblo de San Fernando. Golpeando en Rancagua, el guerrillero desmonta en Pomaire y bebe un vaso de vino.
El gobernador español ha puesto precio a la cabeza de Manuel Rodríguez, el mensajero, el guerrillero, pero su cabeza viaja oculta por el capuchón del fraile, el sombrerón del arriero, el cesto del vendedor ambulante o la galera de felpa del gran señor. No hay quien lo atrape, porque vuela sin moverse y sale hacia adentro y entra hacia afuera.



1817
Montevideo
Imágenes para una epopeya

Un enorme ejército viene desde Río de Janeiro, por tierra y por mar, con la misión de aniquilar a José Artigas y para no dejar ni la sombra de la memoria de su contagioso ejemplo. Las tropas del Brasil invaden a sangre y fuego, anunciando que limpiarán de bandidos estos campos: el general Lecor promete restablecer los lastimados derechos de propiedad y herencia.

Lecor entra en Montevideo bajo palio. El padre Larrañaga y Francisco Javier de Viana ofrecen las llaves de la ciudad a los redentores del latifundio, y las damas arrojan flores y lacitos azules al paso del jamás visto desfile de entorchados, condecoraciones y penachos. Repican las campanas de la catedral, hartas de tocar a duelo. Se balancean los incensarios y se balancean los hombres de negocios, en reverencias y besamamos de nunca acabar.

1817
Quito
Manuela Sáenz

Nació Quito entre volcanes, alta, lejana de la mar; y entre la catedral y el palacio, en la Plaza Mayor, nació Manuela. Llegó a Quito en lecho de raso, sobre sábanas de Bruselas, hija de amores secretos de don Simón Sáenz, el matador de los criollos que aquí se habían sublevado.

A los quince años, Manuela vestía ropa de varón, fumaba y domaba caballos. No montaba de costado, como las señoras, sino de piernas abiertas y despreciando monturas. Su mejor amiga era su esclava negra, Jonatás, que maullaba como gato, cantaba como pájaro y caminando ondulaba como serpiente.

Tenía Manuela dieciséis años cuando la encerraron en uno de los muchos conventos de esta ciudad rezadora y pecadora, donde los frailes ayudan a las monjas viejas a bien morir y a las monjas jóvenes a bien vivir. En el convento de Santa Catalina aprendió Manuela a bordar, a tocar el clavicordio, a simular virtudes y a desmayarse con ojos en blanco. A los diecisiete años, loca por los uniformes, se fugó con Fausto D'Elhuyar, oficial del rey.

A los veinte, relampaguea. Todos los hombres quieren ser la ostra de esta perla. La casan con James Thorne, respetable médico inglés. La fiesta dura una semana corrida.

1818
Campamento de Colonia

La guerra de los de abajo

Ya es puro pueblo desnudo la tropa de Artigas. Los que no tienen más propiedad que el caballo, y los negros, y los indios, saben que en esta guerra se juega su suerte. Desde los campos y los ríos, acometen a lanza y cuchillo, en montonera, al bien armado y numeroso ejército del Brasil; y en seguida se desvanecen como pájaros.
Mientras tocan a degüello los clarines en la tierra invadida, el gobierno de Buenos Aires difunde propaganda dirigida *a quienes tienen bienes que perder.* Un folleto firmado por «El amigo del Orden» llama a Artigas *genio maléfico, apóstol de la mentira, lobo devorador, azote de su patria, nuevo Atila, oprobio del siglo y afrenta del género humano.*
Alguien lleva esos papeles al campamento. Artigas no desvía la vista del fogón:
–*Mi gente no sabe leer* –dice.